

LA SOLEDAD EN LA POESÍA DE JUAN RAMÓN JIMÉNEZ



LA soledad como apartamiento del mundo, como conocimiento hondo de sí mismo, como un estar con Dios a solas, es una actitud religiosa. Tal la del hombre del medievo. Una situación solitaria muy distinta es la del hombre renacentista. Este solitario es dueño de su tiempo, puede disponer de él a su antojo, así atesora de una manera consciente, el oro de su soledad. Reino de alegría, en esta soledad se refugia el alma, pues hasta aquí no llega odio, ni envidia, ni ruido mundanal alguno. En esta soledad reina el poeta y teje sus sueños mejores con el hilo mágico de la realidad.

Hay también una soledad romántica y entonces el solitario tiene conciencia de su propia soledad. Por eso nos dice Bécquer: «En las ciudades que visito busco las calles estrechas y solitarias; en los edificios que recorro, los rincones oscuros y los ángulos de los patios interiores, donde crece la hierba y la humedad enriquece con sus manchas de color verdoso la tostada tinta del muro».

¿De qué clase es la soledad de Juan Ramón Jiménez? Es una soledad muy varia, con facetas diversas, una soledad sutil y complicada, pues en ella hay que buscar la raíz íntima de su poesía. La de Juan Ramón es una soledad total, porque ella simboliza una plenitud creadora.

Hablándonos de su infancia nos dice el mismo Juan Ramón: «De estos dulces años recuerdo bien que jugaba muy poco y que era gran amigo de la soledad».

Ateniéndonos ahora al propio decir juanrramoniano de que al artista solamente hay que buscarlo en su obra, bucaremos en su obra para explicar, mostrar más bien, el sentido profundo de esta soledad.

Soledad campesina, malva y oro, de su Moguer nativo. Escribe en su libro «Arte menor» (1909), en una poesía titulada «Isla»:

Una soledad tan pura
como el caer de la nieve;

un blancor divino, unánime,
un silencio permanente...

Soledad pura.

Y escribe en «Idilios» (1912-13), en la poesía «Cuarto al jardín»:

¡Solitario diálogo
del cuarto mudo y de la tarde clara,
hablando de ella,
que yo, sin ella, pensativo, oigo!

Soledad nostálgica.

Entre los años 1905-1912, vive en Moguer. Su «Moguer igual que un pan de trigo, blanco por dentro y dorado en torno», y en él escribe «Platero y yo», su libro más famoso.

En el poema en prosa de este libro, titulado «Domingo», escribe Juan Ramón:

«Todos, hasta el guarda, se han ido al pueblo para ver la procesión. Nos hemos quedado solos Platero y yo. ¡Qué paz! ¡Qué pureza! ¡Qué bienestar!

En el silencio que queda entre dos repiques, el hervidero de la mañana de septiembre cobra presencia y sonido. Las avispas orinegras vuelan en torno de la parra cargada de sanos racimos moscateles, y las mariposas, que andan confundidas con las flores, parece que se renuevan, en una metamorfosis de colorines, al revolar. Es la soledad como un gran pensamiento de luz».

Soledad luminosa y diurna.

En el poema en prosa, «Nocturno», nos dice:

«El campo está solo con sus árboles y con la sombra de sus árboles. Hay un canto roto de grillo, una conversación sonámbula de aguas ocultas, una blandura húmeda, como si se deshiciesen las estrellas... Platero, desde la tibieza de su cuadra, rebuzna tristemente...

... Por la última casa de la calle de la Fuente, bajo una roja y vacilante farola, tuerce la esquina un hombre solitario... ¿Yó? No; yo, en la fragante penumbra celeste, móvil y dorada, que hacen la luna, las lilas, la brisa y la sombra, escucho mi hondo corazón sin par».

Soledad estrellada y nocturna.

Muerte de Platero. «La barriguilla de algodón se le había hinchado como el mundo, y sus patas rígidas y descoloridas, se elevaban al cielo».

Luego, el poeta, solitario, pregunta a la pequeña sombra del burrillo muerto: «Platero, ¿verdad que tú nos ves? Sí, tú me ves. Y yo creo oír, sí, sí, yo oigo en el poniente despejado, endulzando todo el valle de las viñas, tu tierno rebuzno lastimero».

Soledad lastimosa.

Aquí acaba «esta vida de soledad y meditación, entre el pueblo y el campo». No, pues hay también una soledad doliente de enfermo, me refiero al libro «Estío» (1915), y al poema «Convalecencia». ¿Será un recuerdo del Sanatorio de Castel d'Andorte? ¿Será el Sanatorio del Rosario, blanco y azul de Hermanas de la Caridad? ¿Será, en el mismo Moguer nativo, «desde la débil iluminación amarilla de su cuarto de convaleciente, blando de alfombras y tapices»? Dice el poeta:

Sólo tú me acompañas, sol amigo.

Como un perro de luz, lames mi lecho blanco,
y yo pierdo mi mano por tu pelo de oro,
caída de cansancio.

Esta soledad humana de Juan Ramón Jiménez la va a llenar una mujer: Zenobia, con su solícito y puro amor. Pero hay otra soledad inmensa, interior, en el alma del poeta, a la que llamaríamos «ansia de Dios» y que sólo el mismo poeta puede colmar.

Siguiendo el «esquema autobiográfico» que hizo él mismo, podemos copiar: «1916-27.—Viaje a América del Norte. Casamiento con Z. C. A. en Nueva York». Coincide esta etapa con la que Juan llama «anhelo creciente de totalidad y evolución consciente, seguida, responsable, de la personalidad íntima». En su libro «Diario de un poeta recién casado», muy significativo, por indicar un momento evolutivo de su poesía, publicado en 1916, escribe la poesía titulada «Soledad»:

En ti estás todo, mar, y, sin embargo,

qué sin ti estás, qué solo,

qué lejos, siempre, de ti mismo!

Abierto en mil heridas, cada instante,

cual mi frente,

tus olas van, como mis pensamientos,

y vienen, van y vienen.

besándose, apartándose,

en un eterno conocerse,

mar, y desconocerse.

Eres tú, y no lo sabes,
tu corazón te late, y no lo sientes...
¡Qué plenitud de soledad, mar solo!

El mar como símbolo perfecto de la soledad.

Inicia ahora una suerte de poesía desnuda y esencial. Si bien su vida sigue por cauces de apartamiento, la soledad de su casa se puebla con todos los rumores del mundo. Como Herrera o Rioja se aísla, se concentra, es de la estirpe de los «divinos» andaluces. Ocupa distintas casas en el barrio de Salamanca, entre la Castellana y Alcalá. Llega a interponer planchas de corcho entre su ámbito creador y el mundo en torno, cansado de su nombre, del ruido de Madrid, de la vida literaria. Actúa Zenobia, ángel tutelar de sus horas mejores, de la eternidad de la «Obra».

Escribe en «Eternidades» (1916-17):

No robes
a tu soledad pura
tu ser callado y firme.
Evita el necesario
explicarte a ti mismo
contra los casi todos.
Solamente tu solo llenarás
enteramente el mundo.

Plena soledad interior.

En el libro «La estación total», publicado en 1946, pero escrito entre los años 1923-36, dice Juan Ramón:

Enseña a dios a ser tú.
Sé solo siempre con todos,
con todo, que puedes serlo.

(Si sigues tu voluntad,
un día podrás reinarte
solo en medio de tu mundo).

Solo y contigo, más grande,
más solo que el dios que un día
creiste dios cuando niño.

Soledad densa, intensa, suya.

En esta búsqueda, rebuscada soledad, pule, retoca, lima, baraja su obra.

También de «Estación total» es la poesía «La compañía», en la que dice:

¡Soledad, y está el pájaro en el árbol.
soledad, y está el agua en las orillas,
soledad, y está el viento con la nube,
soledad, y está el mundo con nosotros,
soledad, y está tú conmigo solos?

Soledad con deseo de fusión totalizadora.

En otro poema de «La estación total», posiblemente su libro de verso «más maduro de naturaleza», y, por lo tanto, mejor, escribe en «El ser uno»:

Que nada me invada de fuera,
que sólo me escuche yo dentro.
Yo dios
de mi pecho.

(Yo todo: poniente y aurora,
amor, amistad, vida y sueño.
Yo solo
universo.

Pasado, no penseis en mi vida,
dejadme sumido y esbelto.
Yo uno
en mi centro.

Soledad profundamente interiorizada y una.

Solamente otros dos poetas geniales, San Juan de la Cruz y Antonio Machado, ¡divino trío con Juan Ramón Jiménez!, han dictado una lección de tan metafísica y etérea poesía a las futuras generaciones poéticas.

En su último libro de poesía, aparecido en 1949, titulado «Animal de fondo», nos dice Juan Ramón: «Para mi la poesía ha estado siempre íntimamente fundida con mi existencia». «Y pensé entonces... 'que todo mi avance poético en la poesía era un avance hacia Dios, porque estaba creando un mundo del cual había de ser el fin un Dios».

Muerta Zenobia, la diosa que llenaba el hueco de su soledad de hombre, el poeta, que la sabe inmortal, ella vuelve los ojos a Dios, pues no ha trabajado en vano en Dios, que él conoce muy bien, con certeza absoluta, que ha trabajado en Dios tanto cuanto ha trabajado en poesía. El poeta

queda ahora inmerso en su soledad, «conciencia de uno mismo, de su órbita y de su ámbito», es decir, en Dios. Y nos los aclara con versos profundos, alquitarados, con un sabor dulciamargo de jerez viejo, hecho por los siglos, nos canta:

«Porque tú amas, deseándote Dios, como yo amo».

«Dios, circula el amor gustador y oloroso,
y cantando circula, tocante y mirador,
porque eras mi flor y mi fruto en mi forma».

—«¿Quién, el mejor poeta de todos siglos?»—preguntó el periodista, indiscreto de vida, fácil de dinamismo. Y respondió Juan Ramón Jiménez, premio Nobel y español, sabio de soledad, rico de contemplación: «Dios».

JUAN RUIZ PEÑA